

EDITORIAL

Sacerdotes para el Tercer Milenio

EN los últimos 30 años ha cambiado notablemente la geografía vocacional: de norte a sur, de occidente a oriente. En el continente americano las vocaciones son más numerosas en el centro y en el sur que en el norte. En la Europa del Este florecen las vocaciones sacerdotales y religiosas más y con mayor pujanza que en la Europa Occidental. El incremento sacerdotal en las Iglesias cristianas de Asia y África hace más evidente el decrecimiento en países tradicionalmente católicos. Esto quiere decir que la crisis vocacional, que ha afectado a toda la Iglesia, se ha concentrado principalmente en los países de Europa Occidental y de América del Norte.)

(Junto a este hecho acontece otro singular y lleno de interés. En un mismo país, al lado de diócesis sin seminaristas o muy escasos, hay otras con alto porcentaje vocacional. En el mundo de la vida consagrada, por un lado se encuentran congregaciones o institutos que envejecen por carencia de jóvenes relevos, pero a la vez existen otros cuya vitalidad no sólo no se ha perdido sino que ha crecido con fuerza vertiginosa e irresistible.)

(Estos dos fenómenos de la Iglesia posconciliar suscitan una reflexión. Allí donde el crecimiento vocacional es nulo o mínimo, la Iglesia ha de interrogarse primeramente por qué se ha verificado ese fenómeno y luego qué figura o modelo de sacerdote atrae y conquista a los jóvenes generosos de hoy. Por otra parte, en las jóvenes Iglesias vocacionalmente florecientes surge la pregunta sobre cómo formar a las nuevas generaciones y dónde encontrar sus verdaderos y auténticos formadores.)

(El Sínodo de los Obispos, dedicado a la formación de los sacerdotes, abordará, entre otros, estos temas de gran relevancia para el futuro de la Iglesia. ECCLESIA, con el presente número, pretende colaborar en la preparación del Sínodo, provocando el in-

terés y la reflexión de sus lectores. El artículo de Mons. Jan P. Schotte explica por qué ha sido elegido este tema para ser tratado por el Sínodo y qué se espera de la asamblea sinodal.

(La pastoral vocacional requiere planteamientos claros y objetivos sobre el "modelo" de sacerdote que se está ofreciendo a la juventud. El Santo Padre en repetidas ocasiones ha manifestado que Dios continúa llamando y suscitando vocaciones. No faltan vocaciones, sino tal vez "modelos" que atraigan y seduzcan a los que Dios ha elegido. Según las culturas y las congregaciones religiosas estos "modelos" pueden variar.) En este número el lector podrá leer el testimonio de un misionero en la prelatura de Quintana Roo. (De todos modos, es posible delinear algunos rasgos comunes imprescindibles en la formación de los nuevos candidatos al sacerdocio.)

1. Conciencia gozosa del papel específico del sacerdote en la comunidad eclesial: dispensador de los misterios de Dios, evangelizador de sus hermanos, constructor de comunión y de comunidad en torno a Cristo y a quienes lo representan: el Papa y el Obispo. 2. La vocación sacerdotal como una llamada de Dios a la plena realización como persona. Los reclutadores de los seminarios pondrán de relieve cómo el sacerdote logra esta realización personal. Los jóvenes, según sus aptitudes e inclinaciones naturales, escogerán aquella forma de vida sacerdotal que responda mejor a sus exigencias de realización. 3. La fuerza del contagio: venid y ved. Para un joven que quiere entregar su vida a Dios en el sacerdocio el contacto con seminaristas o religiosos felices y alegres es el argumento más convincente para dar el paso hacia adelante. Estos contactos pueden darse mediante la presencia de los seminaristas en los grupos parroquiales juveniles, durante las jornadas vocacionales diocesanas, las visitas de fin de semana a los seminarios o noviciados, o en otras formas adecuadas.

Una vez que los adolescentes o jóvenes han ingresado al seminario o al noviciado surge una cuestión fundamental: qué formación impartirles para que sean hombres de Dios para el hombre del año 2000. Partiendo del decreto sobre la formación sacerdotal del Vaticano II, todo el mundo está de acuerdo en que la formación del seminarista ha de ser lo más íntegra y completa posible: espiritual, humana, intelectual y pastoral. La colaboración de Jean Galot expone con gran acierto y claridad la doctrina del Vaticano II sobre este tema. El problema sobreviene sobre el modo de llevar a la práctica de forma eficaz y coherente las directrices formativas del decreto. He aquí algunas pautas para despertar la reflexión.

En todo y sobre todo Jesucristo ha de ser el centro y modelo de la vida sacerdotal. El conocimiento y amor apasionado a la persona de Jesucristo ha de constituir el hilo conductor de su espiritualidad, a fin de transformarse en Él y transparentarlo ante los hombres. El seminarista alimentará la vida espiritual con la meditación de los textos litúrgicos y la participación activa y diaria en la Eucaristía, de modo que Jesucristo eucarístico sea el centro espiritual del seminario. Reciba con frecuencia el sacramento de la reconciliación, haciendo del mismo un encuentro vital y personal con Cristo y con la Iglesia, para que llegue a ser fuente de renovación interior y de progresiva identificación con Cristo. Se ha de educar al seminarista, además, a la caridad teologal que le haga comprender cuán amable es Dios y a amarlo con un corazón ardiente y generoso; y a la caridad pastoral, alma del ministerio sacerdotal, que entraña la donación universal de uno mismo por el Señor. En el seminario han de aprender a disculpar lo malo, a alabar lo bueno y a rechazar la envidia. Han de aborrecer la maledicencia como negación del cristianismo. Han de fomentar la unión de los fieles entre sí y con el obispo.

Se ha de procurar el conseguimiento de una verdadera madurez humana. Ésta consiste en la coherencia de vida entre lo que se es y lo que se profesa; se expresa en la fidelidad y responsabilidad en el cumplimiento de los deberes contraídos con Dios, con la Iglesia y con la Diócesis. La madurez plena exige además la formación y el desarrollo de las facultades superiores del hombre, la integración serena de las fuerzas emotivas y de los sentimientos bajo el dominio de la fe, de la razón, de la voluntad y del amor; la capacidad para tomar prudentes decisiones y opciones definitivas, la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos de la vida y sobre las personas. En la formación intelectual se ha de combinar el pensamiento sistemático y orgánico con la apertura a las nuevas investigaciones, la estructuración rigurosa de la mente con la flexibilidad ante otros modos de pensar. El seminarista deberá lograr un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios a la luz de la revelación y de la tradición de la Iglesia, apoyado en el patrimonio filosófico cristiano de perenne validez, sin dejar a un lado las investigaciones más recientes y los últimos progresos de la ciencia. El artículo de Rino Fisichella trata sobre el importante papel de la teología fundamental, como disciplina fronteriza con las demás ciencias, en la formación del sacerdote.

La formación pastoral, basada en la caridad de Cristo hacia la humanidad, estará alentada por el ardiente deseo de lograr que Jesucristo reine en el corazón de los hombres y de las sociedades.

Esta formación implica el lograr los objetivos en las metas apostólicas, la tenacidad ante las dificultades, el espíritu sobrenatural en las aspiraciones. Además ha de aprender el seminarista a delegar y a despertar en sus colaboradores la responsabilidad y el sentido de Iglesia y de misión salvadora.

En este esbozo de sacerdote para el tercer milenio cabe afrontar también el tema delicado de los formadores. Porque ¿de qué sirve contar con más seminaristas si no existen buenos formadores, que los guíen con amor, fe y prudencia hasta la ordenación sacerdotal? El problema de los formadores atañe agudamente a toda la Iglesia de hoy. El P. Arizmendi en su artículo expone la situación en los seminarios de América Latina y particularmente de la diócesis de Toluca. A continuación se indican algunos puntos sobre este tema candente.

El formador tendrá un profundo conocimiento de la espiritualidad sacerdotal, de la vida de la Iglesia y particularmente de la propia diócesis. Ha de ser un hombre de gran ecuanimidad de carácter, que posea un claro conocimiento de los hombres y esté dotado de un evidente discernimiento de los espíritus. Ha de brillar además por su piedad y espíritu de oración, por su sólida preparación doctrinal, por su adhesión al Magisterio de la Iglesia y al obispo diocesano, por su capacidad de entrega y dedicación personal a todos los seminaristas, anteponiendo esta dedicación a cualquier otra tarea.

Tiene además por misión ayudar al formando a desarrollar poco a poco todas las potencialidades de su personalidad como hombre y como hijo de Dios, llamado al sacerdocio. El formador ha de empeñar todo su ser para colaborar con Dios, como instrumento vivo e inteligente, como persona que siente, quiere, sufre y se alegra con el formando. Para cumplir esta grande tarea el formador ha de ser muy humilde. Ha de reconocer en su misión más que un honor que alimenta su vanidad, una tarea de servicio confiada por Dios. No ha de engreírse, infatuándose y volviéndose despótico y caprichoso, ni ha de inhibirse, amedrentarse o abatirse. Es padre, hermano y amigo. Se esfuerza por seguir las huellas del Buen Pastor, manso y humilde de corazón, que ama a las ovejas y da su vida por ellas. De la humildad nace la prudencia para elegir el momento, el modo, el tono y las circunstancias. Ha de saber esperar, no quebrar la caña cascada, humillarse en el silencio y en la oración.

Ha de saber confiar en los formandos, creando en torno a ellos el clima de confianza indispensable para el desarrollo de unas

buenas relaciones humanas. Su actitud será lo contrario de una actitud fría, distante, autoritaria, insensible o sospechosa. Ha de saber ser cordial, franco, simpático, demostrarles confianza, mostrarse paciente y comprensivo. Sabrá igualmente echar mano de los múltiples recursos que su condición de formador le ofrece, y, si es necesario, dominarse con tal de ayudar a un formando en sus dificultades. Todo esto no le llevará a caer en la bonachonería. Su actitud de fidelidad a Dios y a la misión confiada le confiere una gran libertad interior, que le permitirá exigir cuando haya que exigir. Y le llevará a mostrarse bondadoso y confiado, sin menoscabo de su autoridad y sin móviles turbios, sino buscando el bien de los formandos y el triunfo de Jesucristo y de su Reino.

Los sacerdotes son una porción preciosa del pueblo de Dios. Sin ellos no hay Eucaristía ni perdón de los pecados mediante el sacramento de la reconciliación. Sin ellos no hay comunidad, estrictamente hablando. La Iglesia y el mundo necesitan muchos sacerdotes, santos sacerdotes. Estos sacerdotes se fraguan en los seminarios. Allí donde haya seminarios con buenos formadores, con abundantes seminaristas, habrá posteriormente santos sacerdotes, apóstoles incansables de Jesucristo. La tarea del Sínodo de los Obispos, durante el próximo mes de octubre, es de una trascendencia incalculable y requiere de nuestra oración más fervorosa y de todo nuestro apoyo.

ECCLESIA

